El sueño de Federica Montseny

Ninguna realizadora mejor que la Dra. Poch para el sueño de los Hogares Infantiles que soñara Federica Montseny en el Ministerio de Asistencia Social. Ninguna realizadora mejor: juventud auténtica, femenidad en el sentido más amplio y más hondo de la palabra—lejos la tradición frívola y superficial del concepto—, vasta cultura y un deseo apasionado de servir a la revolución.

Sabíamos los desvelos que Amparo Poch, Consejera de Asistencia Social, había dedicado a los Hogares Infantiles, y nos había hecho sentir profunda pena al ver que esta magna obra, tan sentida y amada por ella, iba a ser derogada por una sencilla y fría disposición del actual ministro de Asistencia.

Trece Hogares Infantiles iban a ser abiertos en la primera etapa de realización. Veinticinco niños en cada Hogar harían que éstos se mantuvieran en los límites exactos que les aproximaran a la imagen perfecta de una familia.

Amparo nos había explicado ya en distintas ocasiones el objetivo primordial de esta institución que venía a sustituir a los antiguos asilos y orfelinatos: dotar de un hogar y una familia a los huérfanos de la República, contrarrestando desde dentro de ella cualquier carácter confesional que se pretendiera imprimir a la escuela. En una palabra: hacer niños niños. Impedir esta temprana experiencia que tuerce la naturaleza infantil y hace hombres torvos prematuramente.

—He logrado—nos ha dicho Amparo—superar en economía la dotación asignada en el Decreto, que era de 60.000 pesetas, reduciendo la subvención anual de cada Hogar a 54.000, cantidad verdaderamente insignificante si consideramos que en ella están comprendidos los haberes del personal técnico-administrativo de los mismos. Te aseguro que no habrá penuria en los Hogares, ni mucho menos, pero tampoco habrá gastos supérfluos en los que se iba la parte más cuantiosa de los presupuestos de antaño.

—¿Y qué será—preguntamos—de "tu" primer Hogar Infantil?

—¡Ah, no sé!—responde Amparo, pensativa—. Sospecho que le cerrarán cuando encuentren dónde internar a mis veinticinco niños.

—Si es así, antes de que le cierren quiero ir contigo a visitarle.

A la mañana siguiente, su presencia juvenil en la redacción, y su voz fresca nos dijo: Vamos. Y emprendimos, en un cochecito ligero, el camino de Burjasot, donde se asienta el más auténtico jalón de la España nueva.

EL HOGAR INFANTIL DE BURJASOT

Cruzamos una sala en discreta penumbra entre la que captamos, al paso, la estampa coloreada de un gran ramo de flores, y al levantar una persiana, la luz violenta de un jardín levantino, cabrilleando en las hojas húmedas y en el pilón de la fuente, nos azotó los ojos.

—¡Amparito!—Veinte o veinticinco bocas rosadas gritaron alegremente; un haz de bracitos satinados buscaron el collar del abrazo efusivo.

Chicos de cara traviesa, nenas finas y sonrientes. Un mozalbete aupaba a un chiquitín hasta el cuello de Amparo.

Detrás de aquella alegría infantil, con contrastes acusados de aguafuerte, apareció en nuestro recuerdo una hilera de cabecitas rapadas, que escondían la barbilla humilde y la mirada torva, mientras cierta dama de impetinentes ensayaba el postizo de una sonrisa.

—¿Todos buenos y guapos?—interrogó Amparito.

Los chiquillos rieron, mirándose los delantales y las blusas vaporosas. Las nenas se movieron—¡tan menudas aún!—con una coquetería incipiente llena de gracia y de lijereza.

Ni un vestido igual. Nada de monotonía. Todo diverso, alegre, claro.

Amparo explica:

—Esta es la casa de los niños; sólo la casa. Una pareja humana, hombre y mujer—los responsables—, sustituyen a los padres, ayudados en el cuidado de los pequeños por tres auxiliares femeninos.

¿Escuela? La del pueblo, con los demás niños del pueblo. Los huéspedes de los Hogares Infantiles sólo hacen aquí su vida de familia. Esta es la casa donde el niño crece, se desarrolla, vive, en una palabra. Aquí —y cito el artículo 4.º del Reglamento—se huye de "cuanto signifique ordenancismo, rigidez, disciplina autoritaria...".

Miro a los niños vivir, en efecto, con la misma naturalidad con que viven y se desarrollan los arbustos del jardín.

De pronto me sorprende un grito alegre de Amparo.

—¡Quica!—Y, al instante, Quica está en sus brazos, echando hacia atrás el cuerpecito menudo para buscar la sonrisa acogedora.

HIJA DE LA REVOLUCION

¿Quién es Quica? Pues... Quica es eso: Quica. Nadie sabe más de ella. Cuando todo era desorientación y angustia en aquellos días de la retirada del Tajo, unos camaradas la encontraron sentada y sola al borde de la carretera de Toledo, la carita sucia de polvo y de lágrimas.

¿Papá? ¿Mamá? ¡Qué sabe ella! Tiene apenas tres años y una herida roja en la nalguita tierna y satinada. ¿La madre conoce ya el frío infinito o anda desmelenada recorriendo las carreteras de Iberia? Todo el pasado de Quica es esa herida roja que le hicieron los "¡bum! ¡bum!". Todo el pasado de Quica, y todo nuestro pasado también. Quica, sola, llorando al borde de la carretera, es la carne viva de nuestra culpa. Hemos de buscar, por ella, la remisión de nuestros pecados.

Pero Quica es ya, también, en este Hogar Infantil de Burjasot, la España nueva. Lo atestiguan estos veinticuatro hermanos y estos padres solícitos que le ha dado la revolución.

Mientras nos hacemos estas reflexiones, Quica es arrebatada por el mozalbete más alto—doce años crecidos—, que vuela con ella hacia el jardín.

UN NIÑO DISCOLO Y UN REGLAMENTO POEMATICO

—Este—me dice Amparo señalando al muchacho—ha sido devuelto por incorregible de una colonia enviada a Francia. Estuvo luego en una Guardería, y cuando iban a ingresarlo en un correccional lo reclamé para el Hogar Infantil. Tenía la seguridad de que la anomalía no estaba en el muchacho, sino en los elementos que le rodeaban. Efectivamente; nuestro método cordial ha centrado su vida, que se desenvuelve hoy con entera normalidad en el ambiente familiar de Burjasot. Es, ya lo estás viendo, el hermano mayor.

Los niños entran y salen en la casa. Traen el deslumbramiento del jardín a la penumbra fresca del comedor. Y ante estas mesas breves y familiares, supone un esfuerzo ingrato recordar los refectorios inmensos, de largas mesas de mármol frío y bancos conventuales cerrando su perspectiva sobre la imagen de un Cristo agónico.

¡Qué cerca todo eso y qué lejos ya! Dos mundos totalmente distintos. Dos mundos inconfundibles cuya línea divisoria está en este Reglamento que puede ser leído con el mismo deleite que un tomo literario o un poema:

"Capítulo 4.º. Artículo 19.—Los huéspedes entrarán y saldrán en los Hogares, frecuentarán los lugares públicos y se relacionarán con sus amigos en igual forma que lo harían si viviesen con sus familias. Es decir, que solamente serán acompañados cuando por su corta edad, falta de costumbre o circunstancias especiales del lugar, corriesen peligro yendo solos. Los niños podrán, pues, ser acompañados, pero nunca conducidos, prohibiéndose en absoluto que se les use como comparsería o elemento decorativo, ni que realicen funciones ni desfiles."

"Artículo 20.—Se fomentarán las visitas individuales en corto número, desde luego sin ceremonia ni aparatosidad, de huéspedes de un Hogar a huéspedes de otro y a niños que vivan en familia y viceversa, dándoles facilidades para que se obsequien e inviten mútuamente y creen lazos de amistad...".

Los Hogares Infantiles son lo más profundamente revolucionario de la Revolución. El cierre de los Hogares Infantiles es un atentado a la Revolución.

OBRA DE MUJERES

Los niños, en la calle, rodean el coche.

—¡Salud, Amparito, salud!

Veinticinco manitas aletean. José Luis, el díscolo, levanta a Quica sobre sus hombros: ¡Salud!

Al arrancar el coche hemos visto una sombra de tristeza en los ojos de Amparo Poch; luego ha sonreído y ha enviado a los niños un mensaje de ternura con la punta de los dedos.

Fresca aún la imagen de los niños felices, pensamos que la obra más profundamente revolucionaria de nuestra revolución ha sido concebida y realizada por mujeres.

LUCIA SANCHEZ SAORNIL

© Biblioteca Nacional de España